

# EL MEJOR PREDICADOR DE INGLATERRA (Y DEL MUNDO)

POR GUSTAVO SANCHEZ  
(ROSARIO / ARGENTINA)

“...debemos dejar el papel tradicional de *distribuidores de conocimiento* y pasar al de modelos, mentores, organizadores de experiencias que ayuden a los estudiantes a crecer”. L. Stoddard

“...en general se da por sentado que la enseñanza debe resultar en aprendizaje, y que el aprendizaje es *consecuencia* de la enseñanza. El problema con esta presunción es que tiende a culpar al estudiante por no aprender. Rara vez se piensa que tal vez los maestros no están enseñando lo que piensan que están enseñando”. Frank Smith, del libro “*Insulto a la inteligencia*”.

Recuerdo hace ya muchos años que siendo miembro de la comisión que organizaba las actividades de jóvenes, debatíamos acerca de invitar a un predicador a nuestro campamento anual. A los nombres propuestos se suscitaban las adjetivaciones...”este es muy larguero”...”tenemos que buscar a otro”...”un campamento de jóvenes no puede ser puros estudios. Es un plomo”. Menos mal que la prudencia y la sobriedad de quien conducía el debate acabó la polémica. Él dijo defendiendo al orador propuesto:...”*El problema no es que se hable mucho...sino que se diga poco*”. Me quedó con el concepto “hablar mucho y decir poco”. Es verdad que la elocuencia, la verborragia, la profusión de palabras o el torrente oral no debe esconder la falta de contenidos.

Vivimos en la era de lo “light”. Todo debe ser liviano y rápido, fácil de digerir. Todo es para el que está ocupado, para el que vive de prisa. ¿En dónde queda la reflexión profunda, el “rumiar” verdades espirituales? Un signo de nuestros tiempos es, sin lugar a dudas, la vaciedad de contenido muchas veces expresada en los mensajes y en la enseñanza congregacional. Es verdad que nuestras iglesias tienen una concurrencia heterogénea. Es muy dificultoso llegar a todos, grandes y pequeños, con diversos grados de formación intelectual, interés por el discurso y capacidad de retención. Siempre se ha aconsejado: “Habla simple, así te entienden todos”. Esta última afirmación de por sí es discutible. En los estudios que hicieron los semiólogos norteamericanos Shannon y Weber ellos veían la necesidad de que algo para ser “comunicable” debe entrañar cierto grado de “entropía”, de dificultad, de desafío al intelecto...Si no, al que le parece muy simple, directa e inconscientemente, lo desechará. Pero, escapando al debate académico, yo me pregunto si no será más bien esa influencia de la cultura “light” la que ha determinado la liviandad de la enseñanza.

El famoso humorista Miguel Repiso, que, como lo definiera un amigo, es un “filósofo gráfico”, tiene una tira de su personaje “Gaspar”, (un intelectual de izquierda que devino en empleado de telefónica, frustrado en sus utopías, pero con esa pasión por la lectura que caracterizó a esa generación visionaria), en la cual entra su hija (Auxilio), ve todos los libros que tiene el padre en la biblioteca, luego mira a su padre (el cual es “cabezón”) y le pregunta si los leyó todos...él balbucea que sí, entonces Auxilio exclama ¡con razón tienes así la cabeza!...¿no probaste con libros light?. Creo que la iglesia de hoy ha seguido ese consejo, y notamos una fuerte ausencia de las demandas bíblicas, el estudio **sistemático de toda la escritura**, cosa de no dejar de lado ningún capítulo, ninguna doctrina, ninguna promesa...pero tampoco ninguna demanda. El salmo 119 dice que “*la suma de tu palabra es la verdad*”. Si dice la suma es la totalidad, de génesis a apocalipsis. Sólo así el “*hombre de Dios estará enteramente preparado para toda buena obra*”, “*la fe es por el oír, y el oír (se me ocurre agregar) TODA la palabra de Dios*”.

Pero no acaba aquí nuestro problema, también deberíamos sumarle la falta de recursos didácticos. En general los que enseñan la palabra no se preocupan por capacitarse y ampliar su destreza homilética con recursos más eficaces. Muchos dicen: .. sí se tiene el don...¿para qué capacitarse? Se olvidan del imperativo con el que Pablo insta a Timoteo: “...*aviva el fuego del don que hay en ti*”... y el de “*esfuérzate en la gracia*”...Un refrán muy sabio dice que “el éxito consiste en un 10% de inspiración y un 90% de *transpiración*”. Es menester crecer, capacitarse, desarrollar más efectivamente la función que Dios nos ha encomendado. Esta generación dará cuenta a Dios por haber desaprovechado el torrente de recursos, fácilmente asequibles, para ser más efectivos.

Pero...(permítanme un pero más...), en el mejor de los casos, supongamos que tenemos un hermano (al que llamaremos Hermes) que, conciente de su don de enseñanza, y de la necesidad de que sus mensajes tengan un fuerte contenido bíblico, además quiera perfeccionarse en su afán de servir excelentemente al Señor, decide, pues, tomar clases de homilética o compra libros sobre el tema. Se encontrará Hermes con otro problema, el cual es un defecto generalizado: generalmente el **énfasis está en la enseñanza, no en el aprendizaje**. Me explico: damos por sentado que si estamos enseñando, nuestro rebaño debe estar aprendiendo. Esta es una conjetura peligrosa. Puede darse el caso ( y se da frecuentemente, no es hipotético) que un predicador, sólido teológicamente, elocuente, enseñe cosas FORMIDABLES...Ahora... ¿Aprendió alguien ALGO FORMIDABLE?. Enseñanza no es sinónimo de aprender.

El sistema mundo enseña, informa, forma opinión y convicciones de manera, creo, más efectiva, a través de la publicidad, de los medios interactivos, de los programas de enseñanza que se basan en actividades y no en discursos. PERO EN LA IGLESIA CONTINUAMOS ENSEÑANDO CON MÉTODOS TRADICIONALES, con una ciega desatención, a si se aprende o no ...porque “así se ha hecho siempre”. ¿Cuál es nuestro propósito? ¿Transmitir **conocimiento o vida**? Entre un grupo de cristianos que sepan 1000 textos de memoria...y no viva ninguno, y otro grupo de cristianos que sabe 10 textos y los vive ¿cuál grupo diríamos que ha aprendido más? Entiéndaseme, hablo de poner énfasis en que la iglesia aprenda... y se muestre en la vida, que es el verdadero objetivo. Hoy nos urge un cambio en las estructuras de nuestro ministerio de enseñanza, volver al modelo bíblico de los grupos pequeños, donde las personas interactúan y tiene la posibilidad de descubrir verdades por métodos inductivos, en el sano disenso e intercambio de opiniones. Debemos volver al método de Jesús, a la simpleza de las aplicaciones prácticas, basados en elementos cotidianos, de verdades profundas.

Un estudio realizado por la publicación “Communication Briefing”(instrucciones para la comunicación) revela que las personas olvidan dentro de 20 minutos el 40% del mensaje del orador, el 60% después de una hora ¡y el **90% después de una semana!** Estas cifras se refieren a los oradores elocuentes como a los que no lo son, así que la gran mayoría de los oyentes se olvida rápidamente de lo que escuchó, por mas que haya sido el mejor predicador, perdiéndolo para siempre y jamás aplicándolo a la vida. Si a esto sumamos la falta de costumbre de tomar nota, (cosa que me sorprende al recorrer las asambleas, que los ancianos NO TOMAN NOTA DE LO QUE SE HABLA), el resultado se prevé nefasto. Sobre este punto recuerdo cuando hicimos una serie de reuniones en nuestro local donde una hermana enseñaba recetas para cocinar con porotos de soja, y luego se predicaba el evangelio. Fueron un éxito verdaderamente, se juntaba mucha gente a la convocatoria. Pero un hecho me llamó poderosamente la atención: muy pocos, sean creyentes o no, vinieron desprovistos de lápiz y cuaderno. Me pregunté ¿cuál sería la causa?, claro *temían olvidarse de los detalles de la receta*.¿Y cuando venimos a la enseñanza de la escritura?

El salmo 119 promete que “la exposición de tu palabra alumbrará, hace entender a los simples”, pero sabemos que la palabra “exposición” se puede traducir “apertura” y al aplicarla a la exposición de la biblia, sólo dará luz a quien abra el corazón la mente y se comprometa a hacerlo carne en su experiencia.

En definitiva, el tema sería fecundo para bifurcarse en varios tópicos, pero por lo pronto reflexionemos acerca de mayor contenido bíblico en los mensajes y mejores medios y más estratégicos de comunicación. Los hijos de las tinieblas son, creo, más eficaces que nosotros.

Los tiempos de la reforma del siglo 16 fueron singulares, principalmente por el énfasis que se ponía en la “sola Scriptura” Luego de siglos de oscurantismo, las verdades bíblicas renacían con prístina fulgura. La justificación por la fe, matriz que dio a luz a las otras doctrinas, iniciaba un camino irreversible. La palabra de Dios, triunfando sobre dogmatismos y supersticiones emergía en la verdad de los predicadores, siendo el libro de texto, la fuente de discursos, y la bandera enarbolada en los púlpitos y predicaciones callejeras. Su divulgación trajo libertad, paz y consuelo a una humanidad ignorante de realidades espirituales.

Ningún reformador tomó más en serio este compromiso que Hugh Latimer, el popular predicador inglés. Fue elocuente, carismático, pero sobre todo bibliocéntrico. Sentía un gran pesar por su pueblo al no ver las verdades divinas entronizadas en el corazón de sus compatriotas. Culpó de ello a que los que tienen el ministerio de la palabra, no estaban cumpliendo su misión... “por el señorío y haraganería de los ministros que no eran eficaces en su misión”. En su más famoso discurso interrogó a la asamblea con una extraña pregunta:... “¿quién es el prelado, el obispo más diligente que sobrepasa a todos nosotros en su oficio? ¿Quién?... ante el silencio de la audiencia, prosiguió:... “os ludiré...es el diablo, nunca deja su oficio, nunca lo encontraran desocupado, es el predicador más diligente del reino...siempre está labrando...mientras los que tienen la verdad duermen...y se conforman”....

¿Qué diría Latimer de nuestra realidad actual? Dios nos bendiga.

Tomado de la revista “Momento de Decisión”, [www.mdedecision.com.ar](http://www.mdedecision.com.ar)

Usado con permiso

*ObreroFiel.com – Se permite reproducir este material siempre y cuando no se venda.*